

## José Luis Bustamante y Rivero

*Armando Nieto Vélez S.J. (\*)*

En comunidad de plegaria nos reunimos hoy en esta iglesia catedral. Ha muerto don José Luis Bustamante y Rivero, el gobernante probo, el jurista ilustre, el varón del docto consejo y acendrada sabiduría, que hizo de su vida un modelo de generoso servicio. Por su desaparición guarda duelo nuestra patria y con ella los hombres que en la familia de las naciones cultivan los ideales de la paz.

La Iglesia en el Perú siente también dolor por su partida, mas encuentra en él fe de Jesús Resucitado, el consuelo de una firme esperanza. Y así la certidumbre de la fe preside estos funerales. Nuestro Señor Jesucristo, piedra angular de nuestra confianza, nos fortalece con su palabra: "Yo soy el Camino, y la Verdad y la Vida". Nadie llega al Padre sino por mí" (Jn. capítulo 14, versículo 6). Y San Pablo nos anuncia con la promesa de la vida eterna la seguridad de una gran alegría. Quienes han muerto en Cristo, vivirán para siempre con EL. "Si con El morimos, también con él viviremos; si con El sufrimos, reinaremos con EL" (2 Tim. 2,11). Convicción que hoy llena nuestras almas ante los restos de quien, en su larga y austera existencia, fue imagen de entereza y de serena resignación en la adversidad.

No corresponde al rito de estas exequias subrayar los densos méritos de don José Luis Bustamante y Rivero en los campos de la política, la diplomacia, el derecho o las disciplinas humanísticas. Pero sí es imperativo ponderar su absoluta lealtad a los principios éticos, su sentido de la justicia, el ideal de comportamiento humano que supo plasmar; el empeño de seguir con sincero afán el bien y la

---

(\*) Oración fúnebre pronunciada en la Catedral de Lima el 12 de enero de 1989.)

verdad. Pocas vidas como la suya han mostrado tal rectitud y coherencia, tal honestidad y desprendimiento en el ejercicio del poder, de la magistratura y de la autoridad de gobierno.

Culmina la existencia de uno de los hijos más insignes del Perú, pero también se hace definitivo el estímulo y el impulso que brotan de su alto magisterio, que ya jamás podrá ser desmentido. Al cerrarse la parábola vital de este peruano excelso, renace una esperanza colectiva para un pueblo que —hoy más que nunca— reclama ejemplos de vida. "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto" (Jn. 12,24). Desaparece en el surco del Perú un hombre justo, pero su recuerdo y la vitalidad de su conducta entran en nuestra historia como un soplo renovador. Entra en nuestra historia, tan pródiga en contradicciones y desengaños, un paradigma purificador, al cual deberán volver una y otra vez sus miradas las generaciones de hoy y de mañana, para hallar en él una luz que las oriente entre las tinieblas del camino.

Por su espíritu de justicia y comprensión, por su probidad intachable y exigente sentido de la responsabilidad, por su acogedora modestia y sencillez, Bustamante y Rivero se atrajo, sin pretenderlo, la estima y el respeto de sus compatriotas, que lo aclamaron — en suerte de tácito plebiscito— como patricio nacional. Aun más allá de las fronteras, su sabiduría y equidad le granjearon la admiración de todos, y le eligieron Presidente de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, y luego Mediador amigable, cuya sagaz gestión condujo a feliz remate el diferendo entre dos países hermanos. Su acierto en éstos y otros foros internacionales, significó para el mundo un testimonio de docencia jurídica y cívica, y para el Perú, además, un timbre de legítimo orgullo.

En cuantos cargos desempeño, y no sólo como presidente Constitucional de la República, Bustamante y Rivero ejerció su responsabilidad sin ambiciones, sin personalismo, sin arrogancia, mas con el apacible talante de las manos limpias, despojado de odios y rencores. Así lo recordaremos los peruanos. Y sus discípulos y amigos lo evocaremos también en su retiro de los últimos años, cuando con la voz tenue por el desgaste de su organismo, pero transfigurada por su gran bondad, impartía el afecto y el consejo que brotaba de su alma serena por la paz de la conciencia. Esa, la enseñanza de su vida, no habremos de olvidarla.

La vida temporal concluye con la muerte. Pero allí mismo se abre para los hijos de Dios que le fueron fieles una eternidad de

dicha. Su plenitud no nos es dado vislumbrarla. "Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre entró lo que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Cor 2,9). Abatido por la muerte el árbol añoso bajo el cual encontraba la Patria su sombra tutelar, quedan sin embargo intactas las enseñanzas que ante situaciones de crisis estuvo siempre pronto a darnos. Nos indicó, con verbo y con su vida, la senda difícil de la vocación de servicio —con frecuencia tan incomprendida— de la probidad límpida y del amor a la Patria; de la más cuidadosa honestidad pública y privada, y de los necesarios renunciamientos y sacrificios, que es el único camino que recuperará para este país a tribulado la continuidad y la solidaridad fraterna.

Hace años, al recibir del Gobierno las Palmas Magisteriales en el grado de Amauta, entrevió ciertamente los arduos tiempos que se cernían sobre nuestra patria. Por encima de cualesquiera soluciones de perfil técnico o coyuntural, anhelaba la elevación moral, la hermandad que busca el bien común, la consecución de la paz, metas supremas a que deben aspirar sin descanso los individuos, las familias, las instituciones, el Estado. En esa ocasión, ya en el invierno de su vida, expresó don José Luis sus ardientes votos, que nacían del "sincero verismo" de sus años, "porque una paz auténtica, comprensiva y durable, ajena a toda bandería y a cualquier mala pasión, advenga sobre el Perú y estreche sin distingos a todos los peruanos en nuestra vida interna para, en un haz de unánime comunidad, forjar y fijar definitivamente el destino de nuestra Nación".

Ante sus restos mortales, ante el lienzo que los envuelva, símbolo de la Patria, pero sobre todo ante Dios, prometamos esforzarnos por lograr esa paz duradera, que no podrá obtenerse si no desechamos con radicalidad el egoísmo individual o de grupo, la rivalidad y la envidia, la pasividad inerte frente al mal, frente a la violencia y a la injusticia, que niegan la voluntad de Dios y destruyen la unión fraterna y las esencias de la Patria. Como perenne homenaje sepamos guardar su mensaje, llevarlo a la práctica en el cotidiano vivir. Nos exhorta y alienta a manera de testamento, la despedida con que se retiró de Palacio de Gobierno la noche del 29 de octubre de 1948. Oigamos sus palabras: "Nuestro pueblo está llamado a destinos muy altos. Las horas de crisis en los pueblos no son de hoy; han sido fenómenos de siempre; pero de las grandes crisis surgen las grandes renovaciones. Hagamos un Perú grande. Ustedes, los que se quedan, son los encargados de realizar esta obra. Desde lejos yo los he de acompañar con todo el fervor de mi espíritu,

con ese fervor que es lo único que llevo conmigo al llevarme a la patria en mi corazón".

José Luis Bustamante y Rivero, hermano mayor en la Patria y en la Fe: el Perú te agradece, te agradecerá siempre el testimonio de tu luminosa y noble existencia.